

Tal como adelantamos en nuestra edición anterior, los días 18 y 19 de agosto de 1994 el Club de Cultura Socialista "José Aricó", con el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert y de la Fundación Jean Jaurés, convocó a destacados intelectuales de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay para debatir en torno del tema "Revisando las teorías de la modernización". Se organizó un seminario alrededor de tres ejes: Economía, Sociedad y política y Cultura, trabajando en comisiones de acuerdo con esos temas, con un plenario de cierre. De todo ello da cuenta la presente separata.

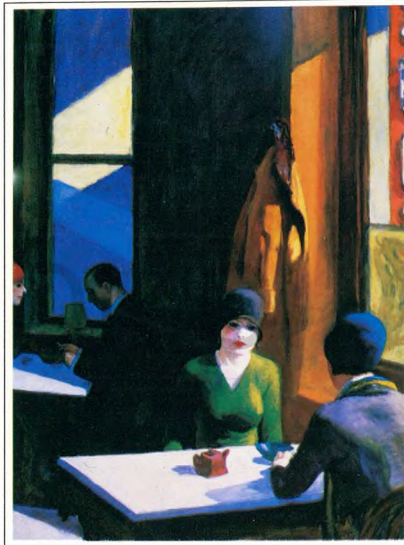
Asimismo, y también con el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert, los días 6 y 7 de abril de este año el Club de Cultura Socialista "José Aricó" llevó a cabo con todo éxito otro encuentro internacional, dedicado éste al tema "Izquierda democrática y gobernabilidad", también con el aporte especial de invitados de otros países. En nuestro número de verano brindaremos una síntesis de esas deliberaciones.

*La Ciudad Futura*

## La Ciudad Futura

### Documentos/Separata

Esta Separata forma parte de *La Ciudad Futura* N°42, Buenos Aires, otoño 1995.



### Revisando las teorías de la modernización

Nada habría sido más grato a *La Ciudad Futura* que publicar una versión completa de las ponencias y debates de este encuentro, pero imaginables cuestiones editoriales y económicas lo hacen imposible. De todos modos, el material de esta separata da una idea bastante acabada del trabajo realizado, con testimonios de primer nivel. Así, se presenta una síntesis general, transcribiendo las relatorías de las tres comisiones en que se organizó la tarea, y el texto íntegro de las exposiciones de Enzo Faletto y de Francisco Weffort.

## Década del 60, ¿una década perdida?

Este es un momento de revisión en cuanto a las posibilidades que tiene América latina para enfrentar una situación que hasta hace muy poco tiempo aparecía monopolizada por el discurso neoliberal. Y es también el de la comprobación de que muchas de las verdades de los años 60 han quedado atrás, sobre todo aquel sustrato que atravesaba la teoría de la modernización, la teoría del desarrollo, el marxismo en sus variantes sociales, que es ese materialismo fuerte, tanto epistemológico como de contenido, sobre el cual se apoyaban esas teorías. Parece así oportuno repensar algunas de las ideas que se discutieron en aquellos años a la luz de las dudas, los problemas, los dramas que se están planteando hoy, en particular en América latina, tras la aparición en los años 80 -como la solución, como una panacea- de los regímenes impulsores de las hipótesis de

trabajo del neoliberalismo. Desde allí y frente a los importantes cambios políticos que están viviéndose en la región, resulta oportuno volver a algunas palabras que habían pasado de moda y que habíamos borrado de nuestro discurso, como desarrollo, dependencia y, por qué no, también imperialismo. El Club de Cultura Socialista "José Aricó" ideó este encuentro en función, precisamente, de la posibilidad de que estos cambios políticos constituyan precedentes de los análisis, propuestas y transformaciones que son necesarios en el terreno económico. Es en el terreno político donde están hoy las novedades y es en el terreno político donde quizás podamos discutir más y avanzar, recuperando quizás algunas de aquellas palabras que durante los años 60 tuvieron un impacto muy grande en los países de la región.

### Relatorías

## Comisión de Economía

El expositor fue Adolfo Canitrot y el comentarista, Pablo Gerchunoff. Los panelistas, Jorge Schwarzer, Ricardo Barboite, Pablo Bustos, Peter Gey, Bernardo Kosacoff y Aldo Ferrer. Coordinador y relator, Ricardo Mazzorin.

La discusión de los paradigmas interpretativos de las economías latinoamericanas vigentes en la década de los 60 fue el punto central del análisis de las hipótesis dirigidas a explicar los obstáculos que enfrentaban estas economías en su tránsito hacia la modernización. La exposición de Canitrot trazó la ruta que siguió esta experiencia intelectual, que cayó encontrar las claves de la problemática en las particulares características de estas economías. Los enfoques teóricos de esa década se centraron en dos tesis que desafiaban la subiduría convencional de la época. Por una parte, la de la especificidad de las economías latinoamericanas: éstas no podían analizarse dentro del marco de las leyes

generales de la economía; y por otra parte, la del dualismo en los mercados de trabajo: un mercado de trabajo moderno capitalista y un mercado de trabajo pre-capitalista.

El marco básico que informaba estas interpretaciones, sostuvo Canitrot, era el proyecto de desarrollo vigente desde la posguerra, que no era discutido en su totalidad, sino dentro del propio proyecto. Este se sustentaba en la crítica de Raúl Prebisch a la división internacional del trabajo, apoyada en la tesis del deterioro secular de los términos de intercambio (Prebisch-Singer), la interrupción del comercio internacional en las dos guerras mundiales y la crisis de los 30, y en el aislamiento del mercado de capitales, aspecto éste que retomará más tarde Edmar Bacha con el modelo de las dos brechas, que explica cómo la ausencia de financiamiento externo afecta la capacidad de crecimiento de las economías latinoamericanas. En síntesis, el desarrollo se concebía como **autónomo o aislado**, es decir fuera de la globalidad. Se priorizaba el mercado interno sobre el mercado externo, esta-

tegia de industrialización sustitutiva y el papel del Estado, activismo estatal que se apoyaba en la economía keynesiana, en la versión Hansen-Hicks y sus posteriores refinamientos.

El trazado del mapa de los paradigmas interpretativos, que arranca con Prebisch, se va completando con los teóricos del desarrollo, Ragnar Nurkse, Rosenstein-Rodan, Alfred Hirschman, y los cepalinos herederos de Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel, Jorge Ahumada. Estos últimos asumen una posición dominante en el campo intelectual latinoamericano de la década de los 60. En esta década, sostiene Canitrot, todavía era débil la presión de los EU en favor de una economía de libre mercado, a pesar de que en el universo académico resurgía el pensamiento neoclásico e iba tomando cuerpo la escuela de Chicago. La aparición del FMI y sus planes de estabilización, a fines de la década de los 50, concebidos para atender desequilibrios de corto plazo, abrió el camino a la crítica estructuralista (O.Sunkel), que enfaticaba la miopía de estos programas respecto al largo plazo. La aparición de la inflación en las economías de la región, dice Canitrot, abrió un nuevo de-

bate que marcó el nacimiento de la escuela estructuralista. El análisis de la inflación fue de suma importancia en el diagnóstico de los obstáculos que enfrentaba latinoamérica en el tránsito hacia su modernización. Sostenían los estructuralistas que la inflación era un fenómeno no monetario, ya que las presiones inflacionarias eran el resultado de la dificultad en ampliar y diversificar las exportaciones, la baja tasa de formación de capital, la inelasticidad de la oferta de alimentos y las deficiencias estructurales del sistema tributario. Estos rasgos estructurales de las economías latinoamericanas explicaban la pugna distributiva entre las diferentes clases sociales y entre el sector público y el sector privado, convirtiéndose en el mecanismo de propagación de la inflación. El modelo de desarrollo autónomo encontraba aquí sus límites y la posibilidad de su agotamiento se dibujaba en el horizonte.

Esta adscripción a la idea central del desarrollo autónomo y la percepción de que las economías latinoamericanas habían entrado en una fase de agotamiento, produjo lo que Canitrot definió como el "deseñecamento": las expectativas no se habían satisfecho y todos nosotros vivíamos en la idea del estancamiento.

Para Canitrot, es importante distinguir entre los hechos y el clima mental de la época. Paradójicamente la década de los 60, mirada retrospectivamente, fue la de mayor crecimiento en la historia económica de la región. El contraste entre los hechos y la visión del agotamiento, sólo puede entenderse porque vivíamos la idea del estancamiento. La intelectualidad progresista entendía este proceso como el resultado de la asincronía entre el cambio económico y el cambio social. Afirmaban que el marco institucional predominante creaba patrones distributivos incompatibles con el uso más racional de los recursos disponibles, agudizando el conflicto entre los intereses de los grupos que controlaban la formación de capital y los de la colectividad como un todo. El *quid* del conflicto no estaba en la racionalidad de las decisiones de los agentes económicos sino en las relaciones estructurales que delimitaban el campo dentro del cual esas decisiones eran tomadas.

Quien más elocuentemente expresaba este desencanto era Fernando H. Cardoso, que hacía el final del gobierno de Goulart sostenía que el proyecto de desarrollo autónomo debía resolver el conflicto entre el proyecto populista que tendía a destruir la hegemonía de la oligarquía tradicional latifundista y la ideología nacional desarrollista, que suponía que ese conflicto podía moderarse en la llamada alianza urbana, popular y nacional, transfiriendo el costo de compatibilizar la distribución del ingreso y la acumulación de capital a los exportadores tradicionales latifundistas. Sin embargo, Cardoso constata que la falta de iniciativa de la burguesía industrial, que no ejerció un papel político dominante, y la presión de los sectores populares que puso en peligro la capacidad de acumulación de capital, terminó con la alianza urbana, dando lugar a un realineamiento en términos clasistas y a la constitución de una alianza entre la burguesía industrial nacional, la burguesía tradicional agraria y el capital extranjero, que conformó un bloque de apoyo del golpe militar de 1964. El conflicto político no resuelto aparecía como causa del agotamiento de la estrategia de desarrollo autónomo. Son estos los tiempos de la revolución cubana, de la aceleración de la guerra fría y de los regímenes militares. El trauma cubano, decía Aníbal Pinto, ha llevado a los EU y también a los grupos dominantes en América latina a identificar la revolución latinoamericana con un modelo determinado de cambio general socialista, marxista-leninista.

En el resumen de estos testimonios encuentra Canitrot un punto de inflexión en el dominio intelectual del grupo cepalino. Nuevos análisis más volcados al marxismo, los de Joan Robinson,

Michal Kalecki, la escuela italiana de Cambridge, con Luigi Pasinetti, Luigi Spaventa y Garegnani y los análisis marxistas del intercambio desigual que tienen como exponentes más importantes a Arghiri Emmanuel, Samir Amin, Oscar Braun y Gunder Frank, comienzan a desplazar los paradigmas cepalinos en la interpretación de la problemática general del subdesarrollo y de la específicamente latinoamericana.

Estos acontecimientos explican, en opinión de Canitrot, el pesimismo intelectual del grupo cepalino que, sin embargo, no logran alterar el marco teórico que daba sustento al proyecto de desarrollo autónomo. Lo que queda es el desencanto, que se reconoce en la idea de que la no constitución de la burguesía nacional ha signado el fracaso del proyecto de modernización. Otra vez el contraste entre los hechos y el clima mental de la época se hace dramático. En Brasil comenzaba un proceso de diversificación industrial y una estrategia de crecimiento hacia afuera reemplazaba lentamente al modelo sustitutivo de importaciones. Un nuevo mercado internacional de capitales (privado) empezaba a configurarse, erosionando la base conceptual de la ideología del desarrollo autónomo, crecía el comercio internacional y esta expansión arrastraba a las economías de la región, permitiendo alcanzar altas tasas de crecimiento, todo lo cual cuestionaba la tesis de la especificidad latinoamericana. El pesimismo intelectual influido por los golpes militares y el desencanto con la burguesía nacional, bloquearon la percepción de que el modelo de autonomía nacional se estaba resquebrajando, impidiendo el análisis de lo nuevo que estaba emergiendo.

Ricardo Mazzorin





## Comisión de Sociedad y política

La Comisión se reunió el día 18 de agosto por la mañana y por la tarde. Los expositores invitados fueron Enzo Faletto y Francisco Weffort y los comentaristas, Juan Carlos Torre y Franco Castiglioni. Participaron como panelistas Carlos Altamirano, Torcuato Di Tella, Laura Golbert, Claudia Hilt, Miguel Murnis, José Nun, Hugo Quiroga y Ricardo Sidicaro. La coordinación y relatoría estuvo a cargo de Hilda Sabato.

La revisión de la historia reciente de la sociología en América latina fue el punto de partida para el análisis y la discusión sobre las formas que hoy se abren para pensar la sociedad y la política desde perspectivas de izquierda. Las exposiciones de Faletto y Weffort trazaron los puntos principales de esa historia, a partir de la segunda posguerra. Entonces el problema del cambio económico se convirtió en el tema clave de la sociología y el desarrollo en su cuestión central. Al mismo tiempo, según Faletto, dos dimensiones se entrelazaron en el horizonte de preocupaciones de la sociología de manera conflictiva: **racionalidad y emancipación**, un

por cuyos orígenes pueden rastrearse en el pensamiento de la Ilustración, pero que ha marcado de manera muy fuerte a la sociología contemporánea.

Partiendo de aquel núcleo problemático, el desarrollo, Faletto marcó tres etapas principales en la sociología latinoamericana. En la década del 50, los trabajos de Medina Echavarría, Germani, Florestán Fernández, González Casanova, concibieron al desarrollo como proceso de modernización y equipararon a éste con la industrialización. Se trataba de un esquema con importantes ingredientes teleológicos y donde la economía fungía como una determina-

ción fuerte, aunque la riqueza de la producción no admite generalizaciones rápidas. Estas propuestas fueron desplazadas a mediados de la década del 60 por una nueva perspectiva, que se llamó dependista. En la formulación de Cardoso y Faletto, el problema del subdesarrollo no podía entenderse solamente en términos de atraso sino que debía interpretarse en función de la relación con los países desarrollados. La autonomía nacional pasó a ocupar un lugar central en el camino hacia el desarrollo y se vinculó con la capacidad de acción política de los sectores dominantes que debían desplazar del poder a las clases dominantes, socios locales del

imperialismo. La política comenzó a adquirir así cierta autonomía con relación a la economía. Finalmente, Faletto señaló un tercer momento en la historia de la sociología de la región a partir de los años 70. Por entonces, la modernización capitalista por vía autoritaria parecía desacoplar la racionalidad de la emancipación. La preocupación por la democracia se colocó, entonces, en el lugar central y se reconocen en ese sentido dos momentos: en un principio el tema que convocaba mayor atención era el de la participación, pero luego se pasó a un interés casi excluyente por los aspectos institucionales de la democracia. La sociología desembocó así en una ingeniería institucional.

Para Faletto, hoy estamos frente a una nueva etapa en la que también se debaten opciones políticas. La transformación en los modos de producir, que implican cambios profundos en la organización económica, trae aparejada una nueva racionalidad que no puede sino entrar en conflicto con otras racionalidades vigentes. El conflicto aparece, así, como un aspecto central de la realidad social que la sociología debe interrogar. Para hacerlo es importante mirar para atrás, recuperar la dimensión histórica, analizar los procesos de largo plazo y explorar las opciones políticas que se abren. La responsabilidad de los sociólogos no se limita a entender e interpretar; se trata de recuperar la capacidad de intervención, el papel de las ciencias sociales como "ciencias de la intencionalidad".

La exposición de Weffort recorrió un camino paralelo al de Faletto, trazando la historia de la sociología política en América latina. El énfasis estuvo puesto, en este caso, en la relación que las distintas interpretaciones hicieron entre política y economía. Weffort partió también de la segunda posguerra, pero englobó el conjunto de visiones desarrolladas en las décadas del 50 y 60 por su determinismo en relación con la economía. Las estructuras condicionaban la posibilidad de acción política y limitaban las opciones. Los años 70 y 80, en cambio, estuvieron marcados por un giro hacia el politicismo, es decir, hacia una mirada que otorgaba gran autonomía a la vida política. La presencia de los regímenes militares en

América latina y la lucha contra esa realidad contribuyeron a profundizar el giro. A la vez, el acento se puso en la democracia, entendida cada vez más en su definición institucional, que dio al término un contenido "mínimo" referido estrictamente a las reglas del juego político y lo desconectó totalmente de cualquier referencia a condiciones o finalidades económicas.

Hoy, propone Weffort, es necesario recuperar la relación entre política y economía. Las democracias están establecidas en la región y las visiones minimalistas de la democracia no parecen satisfactorias. ¿Hasta qué punto es posible hablar de ciudadanos iguales en países donde una proporción nada desdiable de la población vive en condiciones inhumanas? ¿Qué consecuencias tiene la desigualdad social, en el sentido tocquevilleano, en la ciudadanía, en las estructuras de participación política? Para Weffort son temas claves que hoy deben ser abordados, restableciendo la pregunta sobre la relación entre política y economía.

A partir de la revisión que los expositores hicieron de la trayectoria del pensamiento latinoamericano reciente y de sus propuestas para el presente, los comentarios y las intervenciones de los presentes se concentraron en torno a los problemas que se plantean hoy en ese sentido y a las sugerencias que pueden hacerse para pensar hacia el futuro. Las principales cuestiones planteadas fueron las siguientes:

1. **Las relaciones de contingencia.** Frente a un rebrote del impulso teleológico, a un optimismo generalizado que parece atravesar hoy a nuestras sociedades y a la idea dominante de "un único camino", se señaló la importancia del concepto de modos de desarrollo. Este permite no sólo atender a la diversidad (se puede pensar en distintas combinaciones de estructuras sociales, económicas y políticas) sino también introducir la idea de relaciones de contingencia. Al mismo tiempo, refiere a la historia y a los condicionamientos existentes en un momento dado que imponen límites a la libertad de acción política. La preocupación por lo que en el siglo XIX se llamaba genéricamente "las costumbres" -preocupación típica del pensa-

miento social conservador- debe reformularse hoy para pensar las posibilidades de la acción política.

2. **Relación racionalidad-emancipación.** Fue discutida desde distintas perspectivas y se señaló la necesidad de cuestionar el presupuesto de una relación sustantiva, de implicación mutua entre ambas dimensiones, que ha sido clave en el pensamiento de la izquierda latinoamericana.

3. **El problema de la legitimidad.** Debe relacionarse no solamente con la eficacia económica sino también y muy centralmente con la eficacia política. Esta refiere a la solidez de las instituciones de la democracia y en particular al sistema de partidos. En este punto se discutió sobre la importancia de incluir otras instancias en el análisis de la política y de la democracia. En particular se propuso atender a la dimensión de la esfera pública como ámbito decisivo de la vida política democrática. También se vinculó esta cuestión con la definición misma de democracia y la dificultad de pensar a partir de concepciones minimalistas. En ese sentido se señaló que existen dos formas globales de entender el proceso político: por una parte, el modelo liberal, que entiende a la política como mediación de los intereses de la sociedad y define a la ciudadanía en términos de libertades negativas y, por otra, el modelo que podemos llamar republicano, que proponen pen-

sadores como Arendt o Habermas, que entiende al proceso político como constitutivo de lo social y a la ciudadanía como dotada de libertades positivas.

4. **La ciudadanía.** Se discutieron los problemas que plantea la noción de ciudadanía en relación con la creciente fragmentación de la sociedad, la debilidad de los estados latinoamericanos y los fenómenos de exclusión social y política observados en sociedades que funcionan institucionalmente como democracias. Si en algún momento de democracia implicaba ampliación de la ciudadanía, es decir, de la comunidad de iguales definidos en distintos planos, hoy esa relación está en crisis. Vinculada con este tema, y en función de la necesidad de definir términos de acción política para las fuerzas progresistas en América latina, se subrayó la necesidad de aplicar políticas diferenciales para atender a las necesidades de distintos grupos y sectores de la sociedad. Estas cuestiones remiten al problema de la igualdad, tema clave para la izquierda, que quedó pendiente en este debate.

5. Finalmente, se discutió la importancia del pensamiento teórico en la formulación de propuestas para el futuro de América latina. La sociología no sólo debe tender a conocer sino a intervenir y, en ese sentido, debe recuperar su voluntad de influir activamente en la transformación.

Hilda Sabato





## Comisión de Cultura

Oscar Terán fue expositor, Rodrigo Arocena comentarista y fueron panelistas Horacio González, Eduardo Grüner, Jorge Dotti, Emilio de Ipola, María Teresa Gramuglio y Francisco Liernur. Alicia Azubel fue coordinadora y relatora.

La mesa se abrió con la exposición de Oscar Terán, cuyo título fue "El impulso y el freno en las representaciones intelectuales de la modernidad en la Argentina". La ponencia pretende intervenir en el debate sobre la modernidad en nuestro país desde la historia de las ideas y la cultura y para ello practica algunos calados en la saga de las representaciones intelectuales de la modernidad. Se parte del postulado de que en el área rioplatense la modernización no constituye solamente un proyecto sino que es parte del problema y que sus avatares han terminado definiendo en nuestro país una modernización periférica, desigual y combinada o "fusional". Dado que dicha problemática fue organizada en los marcos del liberalismo argentino, la exposición bosqueja las tensiones, primero, y la crisis, des-

pués, de la relación entre liberalismo y modernidad dentro del espacio intelectual.

De tal modo, se recorrieron contenidos vinculados con el concepto de revolución en el momento de la ruptura independentista y en textos de miembros de la generación del 37 (Sarmiento, Alberdi), en los cuales es evidente el afán modernizador, aunque también se remarcaron algunos frenos que comienzan a aparecer en ellos a la hora de extender la ciudadanía a marcos más inclusivos. Un libro de José María Ramos Mejía, de 1907, fue utilizado luego como testimonio de las múltiples alarmas circulantes dentro de la élite dominante ante el proceso de modernización en curso, así como de la crisis del yo liberal. La búsqueda de una identidad nacional y la apertura electoral de 1912 fueron consideradas como intentos de resolución de una crisis de legitimidad experimentada desde tiempo atrás en el seno del núcleo liberal, y el triunfo radical, así como los efectos de la primera guerra mundial, fueron seguidos en los escritos del último Joaquín V. González como ejemplificación de la crisis de escepticismo en que se ha sumido incluso un miembro conspicuo del equipo reformista, hasta el punto de

llegar a preguntarse por la viabilidad de un proyecto republicano y democrático en la Argentina de 1920. Se traza entonces la hipótesis de que la relación entre modernismo y liberalismo comienza a experimentar un divorcio, y que los proyectos modernizadores serán retomados por otro tipo de discursos, que apelarán tanto al autoritarismo fascista de Lugones como al antiperismo latinoamericanista de José Ingenieros. Para argumentar la quiebra de aquella relación se hicieron rápidas referencias a pasajes de las obras de Roberto Arlt y de Martínez Estrada. Por fin, la exposición terminó formulando algunas cuestiones referidas al presente, ya que ahora que el liberalismo ha podido celebrar un *revival* solamente oculto por la inquina de la derecha tradicionalista o de la izquierda marxista y populista, la historia de las ideas en la Argentina permite avalar la sospecha de que el liberalismo argentino jamás superó la enorme dificultad por incorporarse a la democracia de masas y diseñar de ese modo una modernidad inclusiva.

Finalizada la exposición de Terán, Rodrigo Arocena inicia su comentario a partir de la siguiente pregunta: ¿Qué tipo de modernización queremos/podemos impulsar? Es éste un antiguo problema, vigente en América latina donde plantea-se han vivido procesos de modernización con escasa capacidad de innovación endógena, tanto en lo político como en lo técnico productivo. El dilema tiende a plantearse, esquematizando, entre una modernización excluyente e insolidaria versus una solidaridad defensiva e ineficiente. Descartada cualquier solución "intermedia", sugiere que quizás haya que pensar y repensar en términos de un "sistema nacional de innovación", de las perspectivas de una cultura para la innovación y de formas de solidaridad eficiente.

Al abrirse el debate con los demás componentes de la mesa, se cuestionó el énfasis puesto en el trabajo de Terán en cuanto al carácter fundamentalmente excluyente del proceso neoliberal. Cabría, se dice, analizar los costos que arrastró el proceso que no fue sólo excluyente, sobre la base de que la mo-

dernidad, como cualquier proceso de renovación, implica pérdidas, erosión, disolución, costos.

Por otra parte, y sobre la base de considerar que el posmodernismo es la realización cabal de la modernidad, Jorge Dotti plantea una paradoja: que en la Argentina quienes impulsan ciertos motivos de la modernización -en tanto derrumbe de cualquier inmanencia o universalidad, como imperio de una relativización absoluta- fueron (sin saberlo) los nacionalistas populares (años 20-30). Este "iluminismo radical" encontraría un representante en el Perón real. En esta dirección, el fascismo sería una expresión de la modernidad llevada a su última conclusión. Igualmente, "la *par menemista*" sería, desde esta perspectiva, profundamente modernoposmoderna, en tanto expresión de una afín secularizador y de relativización absoluta que desemboca en el nihilismo.

Emilio de Ipola plantea, en cuanto a lo que ha escuchado de la intervención de Oscar Terán, refiriéndose tanto a la crónica como al modo en que se procesa por los intelectuales, que pareciera que la problemática se da por la vigencia de una serie de *axiomas* -tensiones y contradicciones- entre términos que se hacen la guerra. Probablemente se plantea algo de esto constituya un rasgo de la excepcionalidad argentina. Lo expresado por Dotti (Perón como el

gran iluminista) expresa esa particularidad/un *axioma* total: que el más reaccionario es el que lleva adelante con éxito una respuesta eficaz e históricamente vigente a la cuestión de la modernización y de la irrupción de las masas.

María Teresa Gramuglio señala como particularmente interesante la aparición de la cuestión del nacionalismo en el debate sobre la modernidad. Hay entre nacionalismo y modernidad articulaciones contradictorias y complejas que justificarían la realización de un encuentro específico sobre el tema. Se subyuga cómo la índole misma del nacionalismo tiene una dinámica semejante a la de la modernidad, en cuanto a que ambas se universalizan y atraviesan fronteras geográficas, regionales, sociales.

En cuanto a la cuestión de la sociedad de masas, Terán responde respecto de la imposibilidad por parte del liberalismo de articular una propuesta consistente en el momento del advenimiento de la sociedad de masas. Esta dificultad aparecería mucho más con el ascenso populista que con el fenómeno inmigratorio. Además, y retomando las referencias de Arocena al batllismo, señala que lo que en el Uruguay apareció como un proceso donde hubo más continuidad que ruptura, en la Argentina el pasaje del régimen conservador al yrigoyenista adquirió características de una ruptura catastrófica que indujo un conflicto

de legitimidad de larga duración.

Con respecto a la intervención de Arocena y al señalamiento sobre el agotamiento del Estado para impulsar la innovación en las nuevas condiciones de eficacia productiva, así como al énfasis puesto en su intervención en el sentido de pensar alternativas al proyecto de modernización neoliberal que tome en cuenta el activo "interno" más que lo exógeno, se plantea la dificultad de pensar en los actores o sujetos de lo que sería una propuesta de modernización alternativa.

Por otra parte, se señala que Arocena parecería aceptar los criterios de modernidad si se los complementara con una referencia a lo nacional que sería lo excluido (modelo Japón).

También en cuanto a afirmaciones de Arocena, se dice que con su planteo de referir a lo social la condición de eficiencia de un proyecto renovador (desde su perspectiva el proyecto neoliberal es profundamente ineficiente porque deja de lado esta consideración), se señala lo problemático de tener que reflexionar u operar sobre un objeto perdido, como habría sido el caso de Durkheim a fin del siglo pasado. La analogía valdría, puesto que allí el sociólogo francés se interroga sobre la cuestión de cómo recomponer un lazo social profundamente corroído por integrantes de la misma modernidad. □

Alicia Azubel



## Exposiciones

Intervención de Enzo Faletto

## Volver a colocar los temas de la racionalidad y de la emancipación

No deja de ser un poco preocupante el tener que acudir casi como testimonio de una época, pero los años pasan y somos muchos los que somos testimonio.

El tema que quiero abordar voy a

circunscribirlo más bien al transcurso de la sociología en América latina. Una mirada de tipo retrospectiva, de visión de lo que ha sido ese transcurso, siempre conviene hacerla, en lo posible, desde presente. Estuve tratando de pensar qué

temas de este presente nos obliga a reconsiderar el pasado.

Hace poco llegó a mis manos una polémica donde un sociólogo, José Luís Fiori, establece una serie de críticas a lo que es la posición de Fernando Henrique Cardoso en torno a su figura presidencial. La polémica es del 3 de junio. En cierta medida esa polémica [publicada en la separata de *La Ciudad Futura* N°41, verano de 1994, N.D.R.] nos afecta a todos, en cuanto sociólogos, independientemente de la especificidad política que tenga la polémica en Brasil. Y digo que nos afecta porque quizás en planos menos espectaculares que un debate presidencial o un debate político de



ese tipo, en casi todos nuestros países han surgido posturas similares a la de Fernando Henrique Cardoso y quizá en menor grado aparecen posturas como la de José Luis Fiori. Esta discusión de lo que se está dando, incluso la figura misma de Fernando, afecta a todos en la medida en que era el paradigma de la sociología en América latina. Esa polémica se está dando también en Argentina, obviamente en Chile y probablemente en muchos otros países de América latina.

¿Cuál es el núcleo de la polémica? Independientemente de las aristas políticas, porque es un dato que un debate político debe enfrentarse en esos términos, lo que es el centro de la polémica es la caracterización de la transformación actual y las implicaciones de esa transformación, tanto en el ámbito económico como social, político y cultural. Es un tema que está teniendo ya bastante tiempo de discusión, es decir, qué significa el proceso de transformación en términos de las implicaciones en distintos ámbitos.

Fernando Cardoso subraya la importancia de la globalización de la economía, quizá para él eso sea un hecho central. Pero, fundamentalmente, la globalización de la economía sería la consecuencia de una nueva forma de producir, lo que implica, también, una nueva tecnología. Cardoso insiste mucho, no sólo en el hecho mismo de la globalización de la economía, sino en el significado de esa globalización como nueva forma de producir, que tendría como base el conocimiento y la producción de conocimiento. Ese es el centro

de lo que él postula como lo novedoso de la transformación a la cual estamos asistiendo. Una forma de producir cuyo centro es la capacidad de producir conocimiento. De modo que lo que requerirían nuestros países sería aumentar el coeficiente de materia gris, población más educada, mayor inversión en ciencia y tecnología y sentido de las prioridades.

Para poder lograrlo, siendo ese el objetivo, ¿de qué se parte? Se parte de una sociedad de masas con mucha pobreza y marginación cultural que está basada ya en una economía de mercado e inserta en una economía globalizada, pero que todavía es incapaz de reducir la desigualdad. Tenemos un desafío que es la incorporación a esta nueva transformación, la necesidad de incorporarse a este nuevo modo de producir, pero estas condiciones de atraso en términos de capacidad cultural existente, un modelo económico que no logra reducir la desigualdad, etc.

Ahora bien, el desafío según Fernando Henrique Cardoso sería en esas condiciones lograr el cambio estructural que implica la nueva forma de producir. Dada esas condiciones se requieren cambios estructurales para la inserción positiva. Lo que se requiere, entonces, es una reformulación del Estado y de las alianzas políticas que sustentan al Estado.

Lo que me interesa es que, a partir de esa constatación, el cambio en el patrón estructural de la economía y de las sociedades modernas, otras propuestas que se designan como nacional autoritarias, nacional populares o, incluso, nacional desarrollistas, se las considera

como parte de un pasado en extinción. Las referencias valorativas que ese tipo de propuestas tienen o tuvieron, estarían, a juicio de Cardoso, circunscritas al horizonte del pasado.

Si uno asume esa postura tendría que preguntarse por el significado de esta misma reunión. Qué sentido tiene, entonces, volver sobre el pensamiento anterior, si ese pensamiento aparece como anclado en el pasado y ya no tiene horizonte. La idea es que pareciera ser que ese tipo de posturas son sólo la expresión de un pasado muerto. Puede que en esto exista un cierto defecto de sociólogo, es decir, una falta en encontrar en cada momento el gran punto de ruptura. Nos falta un poco una visión de historiador. Un sentimiento de lo que Braudel llamaba la larga duración. Es decir, los sociólogos hemos encontrado siempre en el momento en que tratamos de definir una situación que es el momento del gran cambio, de la transformación, aquí cambió todo, etc. y para atrás es todo pasado muerto. Nos falta, entonces, una cierta visión de largo plazo, incluso, con mediano plazo nos conformaríamos.

Es en este sentido que quiero recuperar esa visión de la sociología latinoamericana, en un intento de visión de mediano y largo plazo.

En gran medida la sociología latinoamericana, y eso lo sabemos todos, ha tenido por lo menos desde la segunda posguerra como preocupación el tema del cambio. Su tema ha sido el cambio social, el cambio cultural, el cambio político, pero la más de las veces el eje ordenador ha sido el cambio económico. La sociología ha sido preferentemente una sociología del desarrollo, lo cual no significa que existieran otras visiones. Pero de partida fue ese el eje ordenador. Por lo menos así lo fue en los inicios y el tema de la dependencia giraba también en torno del problema de las opciones de desarrollo. Cuando surgió el tema del autoritarismo, por lo menos en las primeras versiones de Guillermo O'Donnell, también esta idea del Estado autoritario burocrático era entendida como la forma política de imposición de un modelo económico.

Diría que de alguna manera el tema del desarrollo permeó casi todo el pen-

samiento sociológico desde sus inicios hasta bastante entrados los años 70.

¿Qué implicaciones tiene este hecho de una sociología ligada estrechamente al tema del desarrollo? En cierta medida alrededor del tema del desarrollo se generaron algunos consensos. Pero no es menos cierto que, sobre todo, respecto a las opciones, fueron bastante visibles los conflictos. Había un consenso acerca de la necesidad del desarrollo pero había un conflicto acerca de cuál era la forma o la opción de desarrollo por la cual se optaba. Y los conflictos se dieron en el plano concreto de la política. Nos gustara o no, las interpretaciones de las ciencias sociales en su conjunto siempre incidieron en América latina en el campo de las ideas políticas. La discusión que se daba en el plano de las alternativas económicas, que se podía hacer en el ámbito de la teoría económica latinoamericana, incidía también claramente en las opciones que se tomaban en la política concreta y contingente.

Los temas polémicos fueron varios. El papel de los grupos sociales o de las clases, el papel del Estado, la significación de las multinacionales y otros muchos temas siempre aparecieron polémicos dentro de las opciones de desarrollo. Lo que quiero postular es que la reconsideración del pasado inmediato de la sociología es algo más que un mero afán erudito. Es la comprensión de las tendencias conflictivas en la sociedad, cómo éstas se expresan en el pensamiento de las ciencias sociales. Es cierto que las formas del conflicto cambian y se redefinen. Pero quizás en el análisis mismo de las formas del conflicto podamos encontrar esas tendencias de mediana o larga duración a las que hacemos referencia al principio.

Si volvemos a reanalizar el pensamiento sociológico, de la ciencia política o de la economía en América latina no vamos a hacer un puro trabajo erudito sobre cómo un pensamiento fue sucedido por otro, mejorado o reelaborado, sino que más bien vamos a encontrar qué tipo de conflictos aparecieron dentro de ese tipo de pensamiento y qué tipo de conflictos muestran tendencias, a pesar de sus manifestaciones diversas o de sus transformaciones, de mediano o

largo plazo.

Pienso que por lo menos como hipótesis hay dos dimensiones que marcan no sólo el proceso social de América latina sino que también constituyen el centro de preocupación de la sociología latinoamericana. Creo que estas dimensiones son las de la racionalidad y la de la emancipación. Es evidente que estas dos dimensiones han sido conflictivas, tanto la definición de las opciones de racionalidad como también la dimensión de cuál es el contenido de la emancipación. Lo que importa entender, entonces, es cómo fueron variando estas dos dimensiones y si hoy en día aparecen, y cómo, o si realmente ya no aparecen como tales.

En la sociología de los inicios de la posguerra, digamos los años 50 -estoy pensando en autores como Germani, Medina Echavarría, Florestán Fernández, Pablo González Casanova-, el proceso de desarrollo se identificaba con la idea de modernización. Y lo que resumía la alternativa de modernización era la industrialización. El conflicto se percibía como una especie de pugna entre lo moderno y lo tradicional, de modo más gráfico, entre la ciudad y el campo, casi reduciendo el concepto sarmientino de civilización y barbarie. Pero la ciudad se asumía ahora como la sede de la nueva sociedad industrial, en términos de la hipótesis que estamos tratando de manejar. La racionalidad era la conducta económica, la conducta social, la conducta cultural o política que surgía junto a la moderna industrialización. La no racionalidad era la conducta vinculada con las fuerzas tradicionales, fundamen-

talmente del mundo agrario, la hacienda, el fundo, etc. Por supuesto que en ninguno de los autores de la época esta contraposición campo-ciudad tenía un rasgo de definitivo, era el esquema más grueso. Incluso diría que lo que más importaba era la mezcla entre estas dos dimensiones, el entrelazamiento entre lo tradicional y lo moderno. Todos recordamos los análisis de Germani o de Florestán Fernández sobre la conducta de los nuevos sectores populares, los que surgían con la industrialización, los que tenían ese rasgo de híbrido, de conductas tradicionales que se expresaban en la búsqueda de liderazgos carismáticos, pero también la incorporación de nuevas conductas racionales como lo fueron la incorporación del movimiento sindical, el surgimiento de ciertas formas políticas, etc. O el análisis, por ejemplo, de Medina Echavarría, que insistía en la flexibilidad de lo tradicional: los grupos tradicionales latinoamericanos mostraban una perversa flexibilidad, una capacidad de asimilar los procesos de modernización pero distorsionándolos. Se producía una especie de transformismo conservador, usando el término gramsciano.

Por cierto que no voy a hacer una análisis detallado de la sociología de esa época. Lo que me interesa destacar es que junto a la idea de racionalidad aparece también la de emancipación. La emancipación era, obviamente, la ruptura con lo tradicional. O, más bien, con las formas tradicionales del poder y del dominio. Por ejemplo, el tema de la reforma agraria, que es un tema que empieza a surgir con fuerza en esos





años, era a la vez la introducción de una racionalidad económica en el agro y la emancipación del campesinado, se juntaban las dos dimensiones. Pero también había agentes en la difusión de la modernización y la racionalidad. Los dos agentes principales eran la educación y el Estado. El Estado adquiere una gran importancia porque es la época de la planificación.

El tema de la dependencia, que apareció entre los años 65 y 66, de hecho empieza a surgir con el exilio de Fernando después del golpe del 64 en Brasil y está originalmente vinculado con un intento de profundizar el análisis de las condiciones del subdesarrollo. Lo que se quería poner de relieve era que el subdesarrollo no era sólo una condición de atraso, como normalmente se argumentaba, y que por lo tanto el conflicto no era sólo entre atraso, identificado con tradicional, y modernidad. Sino que se intentaba sostener que el subdesarrollo era un modo de ser en la relación entre países desarrollados y subdesarrollados. Para decirlo gráficamente, no es que estuviéramos atrasados con respecto a los países centrales sino que establecíamos un tipo de relación con los países centrales y el subdesarrollo era una forma en que se establecía esa relación. Es a partir de la comprensión de esa relación que se trataba de determinar la especificidad del subdesarrollo en América latina. Como anécdota quiero contar que eso lo inventamos en un hotel de Buenos Aires. Vinimos con

Fernando -y también estaba Weyffort- a hacer un análisis sobre empresarios, yo iba a hacer algo sobre movimiento obrero y Weyffort sobre proceso político. Y discutiendo y conversando acerca del modo de la transformación política en Argentina nos surgió el tema que cada vez que había una transformación, realmente lo que se intentaba transformar también era el modo de la relación con el exterior. Entonces nos apareció estrechamente ligado el proceso político interno y el modo de relacionamiento externo, no como un problema de que una cosa determina la otra sino como relacionamiento. La otra anécdota que se conocía es que no le queríamos poner dependencia, fuimos a escribir "dependencia y desarrollo en América latina" pero la secretaria se equivocó y le puso "dependencia".

De esa temática surgían una serie de temas, los condicionamientos del mercado mundial, los tipos de vinculación del sistema productivo nacional con el mercado interno (por ejemplo, habíamos de países enclaves, de países de productores nacionales, etc.), un término horrible que fue la internacionalización del mercado interno -estábamos hegelianos en esa época- pero desde la perspectiva sociológica lo importante era estudiar la forma del poder interno que hacía posible esa vinculación y tratar de comprender cuáles eran los movimientos o los procesos políticos que podían transformar el poder existente y por lo tanto la relación de

dependencia.

Lo significativo para nuestro tema es que la autonomía nacional pasaba a ser el punto clave. La emancipación se concebía como emancipación nacional. Dado que la dependencia era política-mente mediada por el poder interno, o sea, por las clases dominantes, la emancipación económica nacional y la emancipación política de las clases dominantes coincidían. Intentábamos hacer conjugar dos procesos, el proceso de emancipación nacional en términos de relacionamiento externo, pero como eso estaba mediado por las clases dominantes, la emancipación de los dominados hacía posible la idea de la emancipación nacional. En cierta forma también el eje de la racionalidad pasaba de la economía a la política.

La tesis de esa época era que la emancipación político-social y nacional iban a ser la condición de una racionalidad y de una modernidad autónoma. El cambio, obviamente, se produjo en los 70. Surgió, en casi todos los países latinoamericanos, la experiencia de una modernización capitalista por vía autoritaria. El problema con que nos enfrentábamos desde los años 70 en adelante ya no era el problema del tradicionalismo, se daba una racionalización capitalista pero sin emancipación. No había ni emancipación social ni emancipación política, más bien todo lo contrario.

Lo que es interesante para nosotros es que junto con ese cambio se produjo también un cambio en las preocupaciones temáticas de la sociología. De la preocupación por el cambio económico se pasó a una preocupación preferente por el tema de la democracia y era bastante comprensible y obvio que el tema pasara a ser el de los funcionamiento del sistema democrático. Hubo un primer momento, que en cierta medida se mantiene pero quizá no con tanta fuerza, donde la preocupación fue democracia y participación. Al principio se ligaban estrechamente estas dos dimensiones. El modo en que se constituyó la preocupación fue en torno al tema de los movimientos sociales. En ese sentido se puede decir que se mantuvo la preocupación por la emancipación. El tema de la emancipación de la mujer, de los sectores marginales, etc. parecían

interesantes. Pero es interesante que los movimientos sociales que adquirieron mayor relieve fueron, precisamente, los llamados nuevos movimientos sociales: el movimiento femenino, el movimiento juvenil, los llamados movimientos de base, en el caso de Brasil. Y los viejos movimientos, el movimiento obrero, campesino, empezaron a perder peso dentro de temas de consideraciones.

Lo que era y sigue siendo difícil de definir es el tipo de racionalidad social del cual esos nuevos movimientos son portadores. En todos los análisis anteriores no tan sólo nos enfrentábamos a procesos de emancipación sino que también los emancipados eran portadores de racionalidades. Acá, a veces se mantiene el tema de la emancipación como tal, pero es difícil decir de qué racionalidad son portadores, es difícil pensar en términos de racionalidad más allá de la "muy específica del grupo, sino de qué racionalidades sociales amplias son portadores. Pero en cierta medida, ya recuperada la democracia, gran parte de la sociología, por lo menos en Chile, ha seguido más o menos preocupándose del tema. Pero no obstante el problema, es mucho más lo que podríamos llamar el tema de la democracia institucional, en tanto la preocupación mayor ha estado en los mecanismos a través de los cuales la democracia opera. Ejemplo de eso, por lo menos en el caso chileno, es la importancia que cobró la llamada ingeniería política. Digamos que del tema de democracia y participación y del tema de la participación casi como tema preferente del análisis del proceso democrático, se pasó a una preocupación por la institucionalidad democrática, el modo de operar del sistema institucional, etc. La preocupación parecía estar mucho más dirigida al funcionamiento de lo existente, que al cambio de lo que existía.

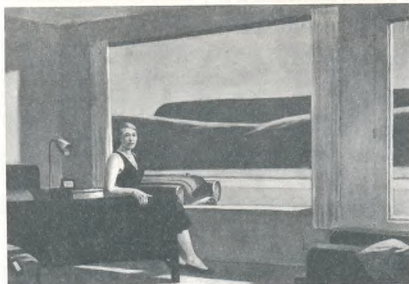
Quiero recuperar, rápidamente, lo que creo es el significado de la polémica a la que hice referencia al principio, la polémica Fiori-Cardoso. Creo que lo que ahí está discutiéndose, nuevamente, son opciones. Creo que están discutiendo de nuevo opciones y tengo la impresión de que son de nuevo opciones de racionalidad y de tipo de emancipación. Lo que se está discutiendo es qué

racionalidad, qué forma de emancipación están ligadas a este nuevo tipo de racionalidad.

Para terminar, creo que lo que he intentado hacer es plantear problemas a la sociología misma. Pareciera que la preocupación por los temas de la racionalidad y por los temas de la emancipación en la sociología fueran el reflejo de un proceso político y de un proceso social que ha tenido vigencia en ciertos momentos de la historia latinoamericana. Y obviamente hay mucho de eso, la sociología ha sido una reflexión sobre el proceso político y social, y por lo tanto, traduce muchas veces lo que el proceso político y social es. Pero diría que por lo menos desde la Ilustración en adelante, el conocimiento como tal se ha propuesto también contribuir a los procesos de racionalidad y emancipación. Si la sociología está hablando de los problemas de la racionalidad y de la emancipación no es tan sólo porque está describiendo un proceso que tiene lugar en la historia sino porque en cierta forma, recurriendo a una terminología un poco husserliana, quizá, porque las ciencias sociales y la sociología son ciencias de la intencionalidad. Intentan comprender el sentido intencional de los actores históricos.

Pero lo importante no es tan sólo que intentan la comprensión de la intencionalidad en los procesos históricos sino que también como ciencias se fundan en la intencionalidad. Su intención como ciencia es no someterse a lo

real, entendiendo a lo real en su sentido más estrecho, en el sentido de decir las cosas tal como son. En tal carácter la racionalidad y la emancipación como tema son también intencionalidad de la sociología. No es tan sólo que constatemos "la existencia de", sino que también el conocimiento sociológico es el intento de introducir el tema de la racionalidad y el tema de la emancipación dentro de la propia forma de conocer. El problema hoy día, creo que es que a partir de la recuperación y de la propia experiencia de conocimiento que la sociología en América latina ha tenido, volver a situar los temas de la racionalidad y de la emancipación en las preocupaciones de las ciencias sociales. Cómo nos esforzamos no tan sólo por constatar lo que en algún momento aparece, en la realidad, sino hacer un esfuerzo desde la propia disciplina para resituar los temas de racionalidad y emancipación. Y esto es lo que justifica, en alguna manera, esta mirada hacia atrás. No tan sólo por lo que decía al principio que una mirada hacia atrás nos permitiría entender ciertas tendencias de largo plazo, en términos de los tipos de conflictos que hayan reventado y la validez que puedan seguir manteniendo, a pesar de sus transformaciones, sino que la mirada hacia atrás también nos puede ayudar a entender este transcurso de la racionalidad y la emancipación y las dimensiones que tiene, tanto en la forma de conocer como en su posibilidad de mantener vigencia dentro de la sociedad.





Intervención de Francisco Weffort

## Recoger algo de lo que aprendimos en los 60

Lo que quiero plantear aquí son algunas preguntas que tengo respecto a un cierto tipo de evolución o cambio en algunas tendencias del pensamiento político latinoamericano. Por supuesto que cuando hablo de latinoamericano pienso más que todo en Brasil, más que todo en San Pablo, pero con esta generosidad interpretativa que cada latinoamericano puede tener, uno habla de su tierra y generaliza para todos los otros. Con esta limitación, que declaro abiertamente, describiré un cierto patrón del pensamiento latinoamericano respecto de la relación entre lo político y lo social o entre lo político y lo económico, que podría, de una manera muy esquemática, decir que quizás hemos tenido una época de un cierto determinismo, al cual habría que ubicar, quizá por los años 50 y, eventualmente, los años 60, para pensar las formas políticas de organización del Estado. Después tuvimos otra época de un creciente politicismo, que también habría que calificar para pensar las formas del desarrollo político y, finalmente, me parece que por lo menos hasta donde me es posible observar y sentir hacia dónde van las inquietudes de la gente, vamos de nuevo hacia el reconocimiento de una cierta presencia, de una cierta determinación de las estructuras de la sociedad sobre la política. Esto, esquemáticamente, es lo que quiero ver en el tiempo que tengo de una forma más o menos organizada y articulada de este tipo de percepción de la evolución del pensamiento. Quiero agregar, antes, que si hay un patrón de evolución de nuestro pensamiento nuestro y hablamos de un pensamiento nuestro en el sentido de que de alguna manera, para bien o para mal, estamos en esto desde el comienzo, en una condición o en otra, diría que sí se puede describir esquemáticamente así. También tiene algunas consecuencias hacia el plano del conocimiento, hacia el plano del enjuiciamiento de las posibilidades de

la democracia y hacia el plano de la definición de perspectivas políticas en América latina.

Para empezar y dar un punto de partida, mencionaré un libro como el de Lipset, *Political man*. No es que esté afirmando que el libro de Lipset como libro haya tenido el mismo una influencia tan grande en el pensamiento político de América latina, pero lo que estoy sí tratando de hacer es aludir a un capítulo en el libro de Lipset donde dice que la democracia es la virtud o la posibilidad de los países que tienen un ingreso *per cápita* más arriba de cierto nivel, la democracia política no es una chance tan probable más abajo de este nivel. Es decir, uno puede hacer muchas consideraciones sobre este tipo de proposición, pero había ahí, en ese célebre capítulo de *Political man*, una visión de una sociología de la política a la cual, en ese entonces -el libro, si no me equivoco, fue publicado en el 59 ó 60- uno podría hacer objeciones desde un punto de vista ideológico porque había un compromiso liberal-democrático explícito de Lipset. Pero en términos de razonamiento, hubiese uno leído a Lipset o no, uno razonaba más o menos así. En el mundo de entonces la democracia era el lujo de los países capitalistas de Europa occidental y de EU. Había una visión "determinista" de la concepción de la democracia que estaba muy clara. Lipset sacaba una serie de consecuencias de esto que no voy a detallar. El que un latinoamericano no lo hubiese leído no importa; para mí muchos de nosotros pensábamos de esta manera porque teníamos nuestras propias reflexiones sobre el tema que tenían premisas de este tipo. Podría tomarse otro tipo de punto de partida para ver, eventualmente, como tomábamos los temas de la democracia política o los temas de la política en aquel período, de mediados de los años 50 hasta mediados de los 60. Quizá, por ejemplo, acordarse lo que para mí, bra-

sileo, es una influencia muy grande en la formación que uno tiene, del tipo de influencia marxista que había en la época y que hablaba de una supuesta revolución democrático burguesa. Todos nosotros después pudimos recoger este tipo de influencias en muchos países de América latina por diferentes interpretaciones marxistas, pudimos recoger este tipo de influencias de nuevo en una reinterpretación probablemente más sofisticada como fue la de Barrington Moore en *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, que de alguna manera apunta a este, hay democracia donde hay burguesía. Lo que más o menos significa decir: hay democracia donde hay capitalismo. Lo que de alguna forma lleva al tipo de razonamiento anterior que he mencionado para Lipset: hay democracia donde hay un cierto nivel de satisfacción *per cápita*, que se expresa en un nivel de ingreso *per cápita*, etc.

Acertados o equivocados, teníamos la tendencia a pensar los problemas de la política desde un punto de vista estructural, eso es lo que estoy intentando proponer aquí. Teníamos una visión que buscaba la determinación de la política, buscábamos entender cómo condiciones económicas y sociales podían explicar que la democracia o la dictadura se ofreciesen como alternativas para los países en determinado momento. Creo que esto tuvo, como estilo de pensamiento, influencia en el pensamiento latinoamericano de la época. Pero lo que quiero señalar es que ésta es una influencia que llega, por ejemplo, de una manera peculiar en una figura que menciono por la consideración que tengo respecto a su rol en el pensamiento académico latinoamericano, que es Guillermo O'Donnell, y en su teoría del régimen burocrático-autoritario. Su concepción era un poco una concepción de acuerdo con la cual el régimen burocrático-autoritario se explicaría como la necesidad de una profundización del proceso de acumulación capitalista en determinadas sociedades y en determinadas condiciones. Se acuerdan que estas discusiones empiezan, en ciertos escritos de O'Donnell, con una crítica a ciertas teorías muy lineales que reconocían una influencia lipsetiana. La origi-

nalidad de O'Donnell es demostrar que nosotros tenemos una situación a partir de la cual los regímenes burocrático-autoritarios ocurren en países que no son los más retrasados de América latina sino en países que estarían a medio camino en el proceso de industrialización y de desarrollo. Entonces, habría ahí necesidad de un proceso de profundización de la acumulación, etc. Es un tipo de razonamiento que estaba presente, O'Donnell es un ejemplo y podría dar otros ejemplos. Uno podría encontrar en el pensamiento de la izquierda de los años 60 una concepción de la presencia, de la influencia de las estructuras en la política, por ejemplo en la teoría de la dependencia o en ciertas variantes de la teoría de la dependencia.

Sin embargo, tenemos un segundo período, una segunda fase, donde probablemente las experiencias de las milicias dictadoras, de los regímenes militares, el tipo de experiencia histórica que son las luchas de resistencia, llevan en América latina a la adopción de ciertas orientaciones. Me acuerdo de la influencia que tuvo en cierta época Poulantzas, con su teoría de la autonomía relativa de lo político, que siempre me inquietaba mucho, porque cuando pensaba en la autonomía relativa de lo político siempre la identificaba con la dependencia relativa de lo político. Pero, en todo caso, el hecho es que Poulantzas tuvo influencia durante un cierto período en el sentido de que buscaba corregir un cierto determinismo estructural que estaría presente en algunas líneas del pensamiento marxista. Así como probablemente una presencia más amplia, más diversa, más difícil de detectar en casos

individuales tuvo la influencia gramsciana. De las muchas lecturas gramscianas que muchos de nosotros hemos hecho en diferentes momentos, hay una especie de reconocimiento del rol de la superestructura. Si se habla de Gramsci se habla de muchas cosas, pero seguramente no se habla de manera directa, por lo menos, de lo mismo que hablábamos en la temática anterior. Se habla de la cultura, se habla de la ideología, se habla de la política como tal, pero no se habla de la determinación, a no ser por una especie de modismo que no tiene en sí mismo significado. Es una especie de saludo a la bandera de la determinación, pero no encuentra un contenido. Lo que quiero decir es lo siguiente: por el camino de Gramsci o por el camino de Poulantzas o por cualquier otro camino, se buscaba en América latina un rumbo para la organización de un pensamiento sobre la política que fuese capaz de dar respuestas a las perplejidades de un tiempo, que en el tiempo de la dictadura. Y, por otra parte, dar respuesta a cómo la gente entendía la resistencia contra la dictadura. Porque creo que mucha gente en América latina, por lo menos para el caso de Brasil se puede decir así, mucha gente ha descubierto desde un punto de vista de izquierda o en cualquier grupo que pudiese estar, que la libertad política tenía un valor en sí. Llega un momento en que la gente empieza a descubrir una significación en lo político que es en sí mismo indeterminada. La gente se ponía en contra de ciertos regímenes militares más allá de su posible comprensión de las determinaciones económicas de tales regímenes. Es decir, la gente se ponía en contra en razón de ciertos valores que hacían a

la defensa de la libertad como defensa de la libertad. En una época hubo una acción de la gente, que se entendía mucho más en términos de la lógica de los movimientos que de la lógica de las explicaciones estructurales, que llevaba a este tipo de acción y requería una comprensión de la actividad política con un nivel de libertad mucho más grande que el que supondría una teoría cualquiera de la determinación.

Creo que esto se podría detectar en la obra de muchos autores latinoamericanos. Por ejemplo, para hablar del caso de O'Donnell, que es una figura interesante por varias razones -creo que desde el punto de vista intelectual es interesante porque es una figura muy persistente como escritor, está todo el tiempo produciendo-. Una cosa es el O'Donnell, que habla de régimen burocrático-autoritario, otra cosa es el O'Donnell que habla de la cultura del miedo. Se pasa de una temática a otra, de un registro a otro, se pasa de un campo de la determinación a un campo de la superestructura. Es como si hubiese una dilatación hasta la pérdida de cualquier conexión de la relación entre lo económico y lo cultural y lo político-institucional.

Hasta llegar más recientemente a una presencia, a una influencia que está en muchos de nosotros y creo que es muy importante de discutir en esta ola de revalorización de la democracia, que es la de asumir el concepto mínimo de democracia, es decir, la adopción del concepto minimalista de democracia. Cualquiera de nosotros que tuviese más de 21 años en 1960 -no pocos pero en todo caso había algunos-, cualquiera de nosotros se habría escandalizado en 1960





con el concepto minimalista de democracia. ¿Cuál es la idea? La idea es que uno encuentra en un autor como Huntington, en los mejores científicos políticos americanos, se encuentra en Przeworsky, en cualquiera, es un concepto difundido y es que la democracia política es un conjunto de reglas que hacen a la competición pacífica por el gobierno en la sociedad y, entonces, la democracia política significa la posibilidad del voto en elecciones libres en las cuales se da una situación de competencia entre partidos políticos por la conducción del gobierno. Se puede, quizá, regresar a los orígenes de este concepto en la famosa crítica de Schumpeter al concepto de la democracia clásica, que desconectaba la idea de democracia política de cualquier noción de finalidad. La idea de democracia, dice Schumpeter, no era la democracia tal como querían los clásicos modernos de la democracia, la realización del bien común, la idea de democracia es la idea de que hay un mecanismo de competición pacífica por la formación del poder en la sociedad. Y por mucho que hayan criticado a Schumpeter como elitista porque ponía el énfasis de la democracia en la acción de los líderes, el hecho es que esto mismo se restablece en la concepción minimalista de la democracia y, finalmente, muchos de nosotros lo acep-

tamos. Tomemos, por ejemplo, un autor tan influyente desde una escuela de pensamiento que no tiene nada que ver con EU, que es Norberto Bobbio y su idea de democracia como reglas de juego. Existen reglas de juego y son las reglas de juego quienes definen la democracia. Este tipo de concepción significaba y significa desconectar la noción de democracia política de sus condiciones económicas o de cualquier finalidad de tipo económico. ¿Por qué se dice minimalista? Porque está implícita y eventualmente explícita, una crítica que puede ser a una tradición marxista, a una tradición socialdemócrata o, eventualmente, a tradiciones de derecha, elitistas, que buscaban atribuir a la democracia una significación económica y social.

Es decir, que democracia, además de participar políticamente, significa un *quantum* de igualdad económica y social, significa un tipo de estructura en la sociedad. Recargar la democracia política con otros atributos a nivel económico y social podría significar una noción maximalista de democracia que la noción minimalista intenta precisamente destituir. Creo que todas estas nociones, estas imágenes desde una concepción de alguna forma determinista de la política y de la democracia, hasta concepciones "voluntaristas" de la democracia y de la política, son concepciones que -puede

que esté equivocado pero ésta es mi suposición- todos nosotros transitamos.

En el momento actual creo, y aquí paso a la tercera fase de mi argumentación, que el fenómeno es que la democracia política se universalizó, se generalizó en el mundo y creo que es un tema que tendría que discutirse. ¿Cómo explicar esta generalización a nivel mundial de la democracia política? El hecho es que, para el caso de América Latina, pasamos por la fase de las dictaduras y estamos con democracias políticas establecidas en la gran mayoría de los países. El problema que se plantea es qué significado tienen estas democracias. Entonces, si tomo el caso de Brasil, creo que es un ejemplo que puede ayudar en un contexto más generalizado a analizar otros casos, cuando uno se pregunta qué tipo de democracia política tenemos, creo que somos llevados a restablecer una visión de nuevo sociológica de la política o de nuevo a indagarnos sobre las determinaciones económicas de la política. Es éste el tipo de proposición que haría en este tercer paso de mi argumentación.

Pero si tomo el caso de Brasil, que tiene un electorado que se estima en cien millones de personas: treinta millones tienen cuentas en banco, setenta no tienen cuentas. O bien esto tiene consecuencias sobre el concepto de ciudadanía o entonces paremos de discutir, porque alguna consecuencia tiene que tener. Sobre todo cuando hay una inflación del tipo que teníamos hasta hace un mes y medio atrás, porque los que tienen cuenta bancaria tienen una posibilidad mínima de tener una cuenta de ahorro y defenderse un poquito. El que no la tiene no se defiende para nada. Pero no esto lo que estoy discutiendo. El tema es en qué sentido puedo yo suponer que el concepto mínimo de democracia funciona en una sociedad donde el concepto de ciudadanía política se apoya en una desigualdad social de este tamaño. O, para tomarlo al revés, qué tipo de consecuencias puede tener tal desigualdad social sobre el tipo de estructura política que tenemos. Creo que el determinismo en que vivíamos y fuimos educados en los años 50 y 60 suponía conocer las consecuencias. Es decir, cuando uno decía revolución democrá-

tico burguesa ya sabía todo. Es como si tuviese ya al decir estructura económica social las consecuencias políticas institucionales. No es este tipo de cosas lo que estoy proponiendo como razonamiento. Lo que estoy proponiendo es una cuestión de investigación de conocimiento y de práctica, es decir, alguna consecuencia debe tener sobre la eficacia de las instituciones representativas el hecho de que en un país la ciudadanía tenga una desigualdad tan violentamente grande. No estoy hablando de la crisis económica, de la lucha de clases, no es de esto de lo que estoy hablando, no estoy hablando de un concepto marxista. Estoy hablando, si quieren, de un concepto tocquevilleano de igualdad social, estoy hablando de una noción de que para que funcione una democracia política en sentido mínimo, tiene que haber un mínimo de igualdad social en el sentido de Tocqueville, no necesariamente deben reconocerse como tales. En términos prácticos, un ejemplo: en Brasil ahora hay elecciones y en determinadas partes de la sociedad es evidente en el proceso electoral que la adhesión del elector a ciertas personas depende de que estas otras personas le ofrezcan de inmediato una posibilidad de seguir viviendo. En ciertas situaciones el hecho de que un candidato organice con un camión la recolección de electores de un área, los lleve a otra y les dé dinero, les garantice por algunos días seguir viviendo. Recuerdo una conversación con Juan Linz en la que le planteaba que no veía cómo estabilizar una democracia política en condiciones de desigualdad social tan brutales como Brasil, Perú, Guatemala. No estoy hablando de Chile, Uruguay o Argentina. Hablaba con Juan Linz sobre cómo en condiciones de desigualdad social como éstas difícilmente se puede considerar una democracia política consolidada. Y él me decía "dame un ejemplo". Yo le di el ejemplo de una elección y el hecho de que una cantidad enorme de electores en verdad no se comportan como ciudadanos. Porque, valga el caso, depende del pan que da el candidato el día de las elecciones para que lo voten o depende de un clientelismo muy primario, muy elemental, de sobrevivencia inmediata.

Linz hizo el siguiente razonamiento: "¿Por qué considera usted que el clientelismo de sobrevivencia inmediata es menos significativo que el clientelismo más sofisticado de un grupo de presión o de un seguimiento de clase obrera?". Consideremos esta discusión o no, pero es un punto de frontera para estas discusiones.

Personalmente tengo enorme dificultad para imaginar que esta situación es asimilable a cualquier clientelismo. Incluso para hablar del clientelismo en el sentido más amplio, del corporativismo en el sentido político más amplio, tengo que hablar desde un principio de ciudadano, de personas con un mínimo de posibilidad social de representación. Recuerdo, por ejemplo, un acto de Lula en el nordeste, en la sequía, en Paraíba. Lula llamaba a la gente en términos suyos, de organización obrera, los trabajadores tienen que unirse para pelear, tienen que defender su dignidad, este tipo era el tipo de apelación que utilizaba. Una cosa radical social. Pero, terminado el acto, mucha de la gente que estaba en la plaza creó el auto para pedirle dinero. Esto es mucho para mí cabeza. No cuadra con el tipo de teoría que tengo sobre la ciudadanía o sobre la individualidad en la sociedad moderna. Es decir, terminas un acto político y una parte de la gente te pide dinero porque

tienen hambre, no son ladrones, no son niños.

Estos son detalles folklóricos de un proceso electoral, esto es la base del funcionamiento de pedazos importantes de un sistema político. De alguna manera, una parte del sistema político democrático, representativo en Brasil depende de estas condiciones sociales, porque de alguna manera ciertas regiones o ciertos grupos de poder administran un contingente de recursos políticos, que es la capacidad de presión de masas que ellos organizan sobre la base de esta gente.

¿Qué efectos puede esto tener o no tener sobre el funcionamiento del sistema político? Esta es una cuestión que creo que habría que tener presente.

He tomado en algunos escritos una hipótesis de O'Donnell, que es muy desconcertadora de una democracia delegativa, la idea de que no es que las democracias políticas estén necesariamente condenadas. Pero las democracias políticas en condiciones de este tipo tienden a debilitarse mucho. No significa que las democracias políticas, ellas mismas, tengan que desaparecer. Pero significa que su funcionamiento puede llegar a depender crecientemente de mecanismos autoritarios de ejercicio de gobierno. En ese sentido la idea de delegación, es decir, el elector o una





parte importante de los electores en verdad no tienen condiciones, ni las condiciones clásicas de la democracia representativa de control sobre los dirigentes y así el ejercicio del gobierno por decreto o, en el caso de Brasil, del gobierno por medidas de emergencia, pasa a ser un mecanismo más o menos rutinario del ejercicio de la actividad política. Es decir, son democracias donde la capacidad de formulación de demandas por la población tiene muy poco que ver con su capacidad organizada de control sobre los *outputs* del sistema, sobre cómo funciona el sistema. Es decir, son democracias donde no sólo puede haber una enorme volubilidad de los sistemas o de la opinión pública o de la opinión electoral sino son democracias donde los líderes, en general, tienden a sobreponerse a los partidos cuando hay partidos, tienden a ser mucho más importantes que sus propios partidos, donde las alternativas de liderazgo que se presentan en la sociedad tienden a ser siempre alternativas de patrón plebiscitario.

Creo, y presenté esto como ejemplo, que este tipo de cuestión, si tiene sentido, hace no tanto a una lógica de análisis de la democratización política desde adentro solamente, sino a una lógica que busca nuevamente las relaciones de las instituciones políticas, de la situación social y de la situación económica. Y creo que esto puede tener

mucho que ver con las condiciones presentes, en términos prácticos, de algunos de nuestros países. Para tomar el caso de Brasil, hay gente que admite la hipótesis, de que una política de impronta neoconservadora en el país que aplique políticas más rígidas en términos de valorización del mercado sin que esto signifique una profundización de las condiciones de *apartheid* social que son las condiciones actuales de la sociedad brasileña, sin que esto signifique un debilitamiento aun más fuerte de la democracia política. Esos son razonamientos muy frecuentes y no sólo en los críticos de esas políticas, son frecuentes incluso en los que eventualmente entienden que no hay otras alternativas sino buscar un camino de sacrificios. Pero esto puede tener consecuencias.

Diría, este tipo de búsqueda de una lógica que no es de un determinismo de los años 50 ó 60, sino una lógica que restablece los derechos de la sociedad y de la economía para comprender la política. Creo que quizá pudiese llegar a entender en el caso de Brasil un poco mejor cómo fue posible el fenómeno del PT, que en 1989 por circunstancias del juego estrictamente político institucional llega a tener un candidato que alcanza la presidencia con el 47 por ciento de los votos. Y hoy día el mismo candidato cae fuertemente en las evaluaciones de las encuestas. ¿Por qué? Después de un

período en que las circunstancias del juego político institucional del 89 significaron el aniquilamiento del centro -el PDB y el PFL han desaparecido-, Lula y Collor fueron los candidatos de los márgenes del sistema. De ahí se formó en el PT la idea de "cuatro puntos más", de "quien hizo 47 puede hacer 51", y se creó una expectativa típicamente politicista de que en 1994 la consigna era "cuatro puntos más". Es decir, lo que se había alcanzado en una coyuntura excepcional de 1989 se tomó como algo tan rígido, tan fijo, tan establecido y sedimentado como si fuese una condición estructural que, por cierto, no era. Muy probablemente una sociedad con las características que tiene hoy Brasil, la construcción del sistema de poder, de gobierno, de Estado, tiene que seguir apoyándose en estas estructuras que están del centro para el lado más conservador, aunque haya participación de una parte de la izquierda o incluso de una parte significativa. Es muy difícil imaginar que una perspectiva que tome la política como algo que corre solo, tenga posibilidades; es muy difícil imaginar la política como acción de la pura voluntad con éxito en una sociedad que está tan fuertemente prendida a sus necesidades más elementales de sobrevivencia. Es decir, una sociedad de este tipo tenderá a buscar alternativas de estabilización no sólo a nivel financiero y monetario también sino a los niveles político e institucional. Este razonamiento que acabo de hacer acá, es muy difícil de hacer en Brasil porque durante años nos entrenamos en el PT para razonamientos politicistas. El que tengamos una opción política por acá o por allá es una cuestión de gusto ideológico, pero el estilo intelectual, el estilo de proponer, no es la manera de quien está mirando las condiciones, la desigualdad de este pueblo, de este tipo de estructura y de este tipo de sociedad.

Mi argumento, entonces, llega a una conclusión muy simple para el tipo de formación que tenemos. Hay que volver, no necesariamente al mismo punto en que estábamos en los años 60, pero creo que hay que dar una vuelta y recoger algo de lo que hemos ya aprendido en los 60 sobre las relaciones de lo político, de lo económico y de lo social. □

